

traducción ha nacido evidentemente del deleite, deleite en la lectura y en la recreación: de ahí sus muchos aciertos. Verdad es que de tanto gozarse en la expresión, nuestro traductor suele pasarse de la raya, ampliando con profusión de sinónimos y perífrasis muchas frases concisas y llanas del original<sup>6</sup>. “No pierde ocasión de desdoblar sustantivos, adjetivos, formas verbales...” (p. 133). Es la única falta grave del traductor: “no logra reproducir la concisión del original” (p. 135). “Su ideal es la prolijidad barroca... La traducción adquiere el sello de la época”. En España, desde luego, la afición a la *copia dicendi* es anterior al barroco y contemporánea, de hecho, a la composición del *Lazarillo*. Si en éste es moderado el uso de parejas de sinónimos y de paralelismos y antítesis, otros autores de su tiempo se complacen extraordinariamente en tales colores retóricos. Y el fenómeno se da no sólo en la lengua literaria, sino que, como ha observado Menéndez Pidal, “aun el estilo que más nos puede parecer artificioso, el de fray Antonio de Guevara, es, sin duda, el de la lengua hablada entonces... Si repasamos los diálogos que, hacia 1535, se desarrollaban en la corte valenciana, recogidos en *El cortesano* de don Luis Milán, observamos los mismos fenómenos de verbosidad entre aquellos caballeros y damas... En cuanto a las parejas de vocablos, modo es de expresión muy corriente entonces”<sup>7</sup>. Ocurre así que, al dar a su versión del *Lazarillo* la amplitud característica del barroco alemán, el anónimo traductor, aunque un tanto desleal a su modelo, resulta curiosamente leal a un estilo vigente en España cuando aquél se escribió. No es tan grave, pues, la “traición” de este anónimo traductor, por lo demás tan acertado. Si en su época no logró la divulgación que merecía, la elegante edición moderna de su obra compensa con creces la injusticia.

MARGIT FRENK ALATORRE

El Colegio de México.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE, *La mujer vestida de hombre en el teatro español (siglos xvi-xvii)*. Revista de Occidente, Madrid, 1955; 238 pp.

La autora busca ante todo el origen del tipo, anunciado ya en ciertos personajes de la literatura clásica (las Amazonas, Camila, acaso también las doncellas errantes de las novelas de caballería), y encuentra ejemplos claros y definitivos en Boiardo, en Ariosto (Marfisa y Bradamante) y en Tasso (Herminia y Clorinda), quienes nos ofrecen el de la disfrazada por amor y el de la guerrera heroica. En *La Calandra* de Dovizio Bibbiena, en la comedia anónima *Gli Ingannati* y en la *Novella 36* de Bandello descubre otro aspecto: la mujer-paje y las complicaciones especiales que provoca esta situación. Dichas obras inspiran a Lope de Rueda

<sup>6</sup> “con gran continencia” = *mitt grosser reputation vndt in aller Erbarkeit*; “finalmente allí lloré” = *Kurtzlich zu sagen, also vnd auff diese weise weynete ich...*

<sup>7</sup> “El lenguaje del siglo xvi”, en *Los romances de América y otros estudios*, col. Austral, p. 159. Habrá, pues, que hacer esa salvedad a la contraposición que establece Tiemann (p. 132) entre “volkstümlich-realistischer Sprechstil” y “Kunststil... sich auswirkend in Antithesen und künstlichen Wortspielen, Verwendung lateinischer Konstruktionen, in den Doppelungen gleicher oder gegensätzlicher Glieder”.

(*Los engañados, Colloquio de Tymbria*) y a Jorge de Montemayor (historia de Félix y Felixmarte). Tras esto, la autora estudia la permanencia, las transformaciones y la proliferación de las mujeres vestidas de hombre a través de las comedias de Lope, Tirso y Calderón, como también las aportaciones de cada uno. Advierte, además, la aparición de nuevos trajes —de estudiante, lacayo, bandolero, etc.— y de nuevas manifestaciones (se llegan a encontrar disfraces “a lo divino”). Los distintos tipos de disfrazadas, que el público había aceptado con gusto —hecho que quizá explica su boga inmoderada—, degeneran con los seguidores de los grandes dramaturgos, quienes presentan verdaderas aberraciones.

La autora se pregunta si el tema habrá reflejado una realidad española. Recuerda a las mujeres extranjeras y españolas que se vistieron de hombre —Juana de Arco, la Monja Alférez, Cristina de Suecia, etc.— y a otras que lo desearon —Sor Juana Inés de la Cruz—, y llega a la conclusión de que la primera de ellas influyó quizá en la literatura, mientras que en las últimas hubo probablemente la influencia de obras literarias.

Cierran la obra un capítulo dedicado a las cómicas que se especializaron en los papeles de mujeres vestidas de hombre, otro a las controversias y críticas provocadas por tales personajes y sus intérpretes, y el último a señalar la juventud de las disfrazadas.

Hay a lo largo del libro una serie de cuadros y de apéndices (“Principales obras teatrales en que aparecen mujeres vestidas de hombre”, pp. 21-32; “Esquema de los orígenes del tipo”, presentado fuera de texto y colocado a continuación del anterior; “Motivos por los que se usa el disfraz varonil”, pp. 223-224; “Diversos disfraces”, pp. 225-227) cuya intención, suponemos, es la de aclarar lo que muchas veces resulta confuso en la exposición. Pero así como no entendemos por qué se han colocado los dos primeros al comienzo y los dos últimos al final, tampoco comprendemos por qué la autora, con tan buen material como el que maneja, no lo ha distribuido según un plan mejor ordenado. La presentación por autores la obliga a repetir varias veces un mismo aspecto, cosa que pudo evitarse estableciendo una clasificación por tipos o aspectos. La larga digresión acerca de los hombres disfrazados de mujer (pp. 116-120) debió figurar en un apéndice. No obstante estos defectos, que vuelven lento y aun fatigoso el conjunto, la obra, acompañada de una bibliografía muy completa, es una aportación útil para el estudio del tema.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

El Colegio de México.

JOSÉ F. MONTESINOS, *Pedro Antonio de Alarcón, novelista romántico*. Zaragoza, 1955; 182 pp. (*Biblioteca del hispanista*).

Con simpatía hacia el autor y su tiempo, pero con objetividad y conciencia clara, coloca Montesinos a Alarcón en el lugar justo que le corresponde en la historia de la literatura española: en la “encrucijada post-romántica”, ese período de “escasísimas posibilidades artísticas” dentro del cual el guadijeño no es sino el mejor modelo por ser uno de sus representantes más disparatados y, sin duda, el más famoso. La intención de Montesinos es estudiar los defectos y vicios de Alarcón por lo que